

Real. Aguachica surge, pues, como punto intermedio entre Ocaña y su puerto, debido al imperativo de tener un lugar distante de las inundaciones del río, para proteger las mercancías. Interesante articulación de poblaciones en torno a las vías de comunicación, que sirve para hacer resaltar la importancia de estudiar más a fondo el papel de éstas en la configuración de las regiones del país.

La rigurosidad del trabajo es desigual en la medida de la disponibilidad de fuentes primarias; en ese orden, el capítulo V, "Aguachica colonial", es, sin duda, el mejor logrado desde el punto de vista histórico. Logra Meléndez articular factores que explican el surgimiento de Aguachica, enmarcándolo dentro de las expediciones que empujaron la frontera de la colonia hacia el sur de la provincia de Santa Marta. Contrasta, metodológicamente hablando, el último capítulo, donde la leyenda tiene absoluta libertad de movimiento en torno a la figura de Antón García, que tiene además la característica de la trinidad: tres personas distintas y un personaje verdadero. No pierde, sin embargo, este capítulo la seriedad del trabajo, aunque en él el autor juega con mucha soltura entre el "realismo mágico" y las interpretaciones libres de la leyenda.

Quiere llamar la atención el profesor Meléndez sobre la importancia actual de Aguachica, persiguiendo además que su estudio contribuya a crear una identidad de la ciudad, que le permita un mejor desarrollo futuro ante el desordenado crecimiento que viene experimentando en los últimos años. Ciertamente, Aguachica se ubica no sólo en un cruce de caminos, sino en la frontera donde termina la costa y comienzan los Santanderes, que la hacen una ciudad muy peculiar desde el punto de vista de la conformación de su población. Preocupado por el carácter advenedizo de muchos de sus habitantes, Meléndez quiere aportar su trabajo para la creación de una identidad de la ciudad. En este terreno, la obra le da cabida a diversas especulaciones del autor que bordean el panfleto político.

La tierra de don Antón constituye un meritorio trabajo que ganaría en

valor si formara parte de un estudio más amplio que abarcara toda la región circundante; si no se encuadra así, el esfuerzo del autor podría verse subvalorado y quedar confinado a una publicación parroquial que pocos consultarían. Ojalá que en ese "criadero de esperanzas", como llama Meléndez a Aguachica, se valore este trabajo y se impulsen nuevas investigaciones que ayuden a conformar un conocimiento científico de la historia como lo mejor que se puede hacer por el futuro de esta población.

GUSTAVO BELL LEMUS



Historiadores amateurs

Sucesos del Magdalena en el siglo XX

Jaime Villareal Torres

y Jorge Díaz-Granados Villareal

Editorial Presencia, Bogotá, 1989, 363 págs.

En la segunda página de este libro y en la esquina inferior de la misma, se

lee, en letra pequeña, lo siguiente: "Guía Didáctica para la Juventud y para el Historiador del Futuro". Estas once palabras podrían resumir el trabajo de Villareal y Díaz-Granados, sobre lo que, a su juicio, constituyen los principales acontecimientos del departamento del Magdalena en lo que va corrido del siglo XX. Y al hacer un rápido inventario de los sucesos que han tenido lugar en esa parte del territorio colombiano, al igual que registrar las personalidades que han nacido en su suelo, hay que reconocer, ciertamente, que el departamento del Magdalena tiene una historia contemporánea muy singular y valiosa.

Sucesos como la culminación de la guerra de los Mil Días y la firma del Tratado de Neerlandia, la presencia de la United Fruit Company y la creación del enclave bananero, la huelga de 1928, el fraude de Padilla, la Marcha del Hambre y otros hechos no menos importantes de la historia de Colombia han tenido como escenario físico este departamento —que en su momento comprendió los actuales departamentos del Cesar y La Guajira—. Una lista de personajes encabezados por Gabriel García Márquez, Alvaro Cepeda Samudio, José Barros, Rafael Escalona, Crescencio Salcedo, Alejandro Durán, Fidel Bassa, el Pibe Valderrama, el general Maza Márquez, Jaime Bateman y otros, completan el interesante protagonismo del Magdalena en este siglo.

El libro en sí mismo no tiene más pretensión que la de una crónica de los principales eventos acaecidos en el territorio magdalenense; no hay juicios críticos, no hay interpretaciones más allá de los simples registros cronológicos, ni una visión de conjunto de todo lo que se describe. Esta tarea le corresponde al lector, o le corresponderá al historiador del futuro, porque los autores tan sólo se han limitado a dejar constancia de hechos, muchos de los cuales tuvieron como protagonistas a ellos mismos. Y es en estos hechos donde la intención de los autores parece no estar muy exenta de intereses subjetivos, ya que la crónica se torna en una especie de autoapología que en cierta forma le resta seriedad a la obra.

El estilo en general es ameno, suelto, pero a veces demasiado ampuloso ("el certamen más sorprendente de todos los tiempos", "aquello fue algo jamás visto en toda la historia del siglo presente") para sucesos meramente parroquiales. En otros apartes se entra en detalles que sólo el tiempo dirá si fueron relevantes, como una descripción del menú que ordenó el expresidente Turbay cuando brindó un banquete a los jefes de Estado bolivarianos al cumplirse los 150 años de la muerte del Libertador, y que a primera vista no demuestra más que el buen gusto y apetito de nuestro estadista.

Sobresalen en el inventario de sucesos los políticos y los culturales, en detrimento de los económicos y sociales; y en el recuento de aquellos se cae muy fácilmente en la exaltación, ocultando o pasando por alto otros hechos que, no menos "Grandiosos", también forman parte de la historia del Magdalena. Una lectura desprevenida de un lector ajeno al Magdalena le dejaría en la mente la imagen de una región próspera, en permanente progreso, con gobernantes excelentes y con toda clase de adelantos materiales, cuando la cruda realidad de las estadísticas muestra que el Magdalena es uno de los departamentos de Colombia con los niveles más bajos de pobreza, con altos déficit en servicios públicos y seguridad social y hoy por hoy uno de los territorios con mayores índices de violencia e inseguridad. Este sesgo se explica porque buena parte del libro se concentra en la capital, Santa Marta, y su innegable ambiente pacífico se predica con ligereza del resto del departamento.



Sirven las páginas de este libro para hacer dos alegatos de interés para Santa Marta: el primero, para reivindicar la propiedad del testamento de Bolívar, sustraído de la quinta de San Pedro y hoy depositado en una urna en el Museo Nacional de Bogotá; y el segundo, para reclamar la erección de Santa Marta en distrito turístico, cultural e histórico, estatus negado en un principio por la Cámara de Representantes pero finalmente aprobado por el Congreso.

A pesar de las críticas que se le pueden hacer a esta obra, su contenido es ciertamente valioso, y muchos de los sucesos registrados en sus páginas, que hoy nos pueden parecer pueriles, para el historiador del mañana serán oro en polvo, ya que describirán lo que fue la Macondo real del siglo XX. En este sentido el libro de Villareal Torres y Díaz-Granados Villareal tienen un buen antecedente en el de José Alarcón, *Compendio de historia del departamento del Magdalena*, que es fuente obligada para el siglo XIX.

Para quienes vivimos en el litoral caribe y compartimos nuestra vida comunitaria con el Magdalena, sería de mucha utilidad el que se escribiera la historia de ese departamento a otro nivel, que fuera una obra que consultara los criterios actuales de abordar la historia, porque la versión novelada ya la tenemos con *Cien años de soledad*, y con este libro la crónica también.

GUSTAVO BELL LEMUS

Regular empíricamente, flojo analíticamente

La revolución liberal y la protesta del artesanado
Carmen Escobar Rodríguez
Fundación Universitaria Autónoma de Colombia, Fondo de Publicaciones (Fuac) y Ediciones Fondo Editorial Suramérica, Bogotá, 1990, 390 págs.

En los últimos años tiende a acentuarse el interés por estudiar la pro-

testa urbana desde una perspectiva histórica. Es así como han aparecido estudios tanto teóricos como descriptivos que empiezan a enriquecer el conocimiento de un pasado —hasta ahora ignorado— y de sus agentes históricos, los sectores populares urbanos (formados por pobladores pobres, migrantes, artesanos, etc.). Después del primer paro cívico nacional del 14 de septiembre de 1977 creció el interés por estudiar, en una amplia dinámica histórica, la protesta urbana. Empezaron a efectuarse investigaciones concentradas principalmente en el plano de lo ambiguamente denominado "cívico", que hacía alusión a un sinnúmero de protestas de diversa índole (en este sentido se destacan trabajos como los de Medófilo Medina y J. Aprille). A medida que se ha profundizado en el estudio de fuentes primarias, se ha ido comprobando que la protesta urbana no es un fenómeno exclusivo de la época contemporánea y no sólo concierne a lo "cívico". Hoy se sabe que desde tempranos momentos del siglo XIX hubo protesta urbana, principalmente de los artesanos. Al respecto ya existe un inventario preliminar de protestas artesanales, por lo menos para Bogotá, en las que sobresalen la de mediados del siglo pasado, el motín del pan de 1875 y la insurrección de 1893. Sobre la primera versa precisamente el libro que ahora entramos a reseñar.

El libro de Carmen Escobar, resultado de una investigación en la maestría de historia de la universidad Nacional, se inscribe en el ámbito de la protesta urbana y establece una estrecha relación con el surgimiento de los partidos políticos y con el golpe del general José María Melo en 1854. Esta doble intención, de combinar la historia social y la política —para el caso, de la coyuntura de la revolución de medio siglo—, constituye un reto, pues en los estudios hasta ahora efectuados esa relación no ha sido asumida ni seria ni profundamente.

En el prefacio, la introducción y las conclusiones, la autora nos comenta las hipótesis centrales que maneja a lo largo de su investigación: 1) existe una estrecha relación entre comercio internacional, producción artesanal y protesta social (pág. 13);